

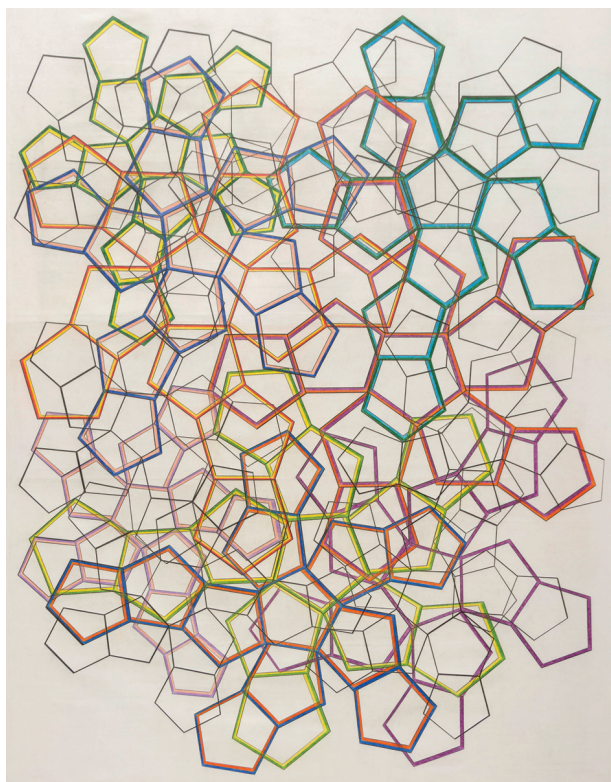
Ilustración

MIGUEL ÁNGEL GIOVANETTI

(Artista plástico argentino contemporáneo)

Miguel Ángel Giovanetti recrea imágenes de belleza estética en las que la uniformidad y lo plural se superponen en espacios de universos paralelos. Irradia armonía su obra, confluyendo las partes en una totalidad sugerente de una fuerza interior, que lleva el espacio-tiempo a esos límites incomprensidos para la conciencia. El artista, con sus geometrías simultáneamente repetidas y diferentes, nos acerca a la filosofía misma del arte posmoderno, a esa pregunta inevitable que va trazando la pluralidad de los vanguardismos vigentes sobre la cuestionada libertad en la existencia. ¿Es factible que el hombre con su actual nivel de conciencia pueda alcanzar equidad entre la libertad totalizadora y la singular de cada sujeto? Límites humanos y físicos convergen en el universo en un entrelazamiento inevitable cuya separación es indiscernible. A esa proposición nos conduce Giovanetti.

Hoy, en este tiempo posmoderno, el arte está dominado por la pluralidad. Los vanguardismos han revocado la concepción del arte basada en la unidad. Esto trae aparejado un debate sobre la libertad individual, su límite a la fragmentación y la calidad técnica en alusión a lo clásico. Ante todo debemos aceptar que cada etapa histórica es una reacción a la previa y que no debemos hablar en la actualidad de cambio, sino de entrelazamiento (implexión en cuántica). Esto ha sucedido con el arte posmoderno, en que los grandes relatos han sido derogados en virtud del auge de una fragmentación que se hizo infinita. La libertad en este aspecto emancipa al artista pero le arrostra una ausencia de una visión central del concepto. ¿Cuál es el límite? En realidad esta diversidad vigente esconde una reacción a los grandes relatos de la época moderna, los cuales dejaron de ser creíbles, precisamente por ese fundamentalismo que ostentaban. Sucedió esta revocación no solamente en el arte, sino también en el campo de la historia con Hegel, en lo social con Marx. El progreso anunciado desde lo moderno con sus atributos de libertad, ilustración y racionalidad se convirtieron en inadecuados y cuestionables. Lo posmoderno se alza contra ese saber unitario. En el arte sucede una explosión de libertad. Se aventura a lo plural, al derecho de lo particular. Ya no se habla en singular. Hay verdades y razones múltiples hacia un



"Dodecaedros"

Lápiz y lápiz color sobre tela, 190 × 150 cm

alejamiento de la hegemonía. ¿Cuál es el límite de esta libertad? Aquí levantemos el alerta de que nada es tan peligroso como la certeza de tener razón, sentencia que el hombre aprendió con su propia historia.

Por su concepto, este arte actual debe considerarse híbrido (del griego *hybris*, impuro) pero en verdad es más acertado el concepto desde lo cuántico, de interacción. Se nutre de la misma pluralidad en que se fundamenta. Entonces, se presenta como recreación de la belleza, de la estética y de la armonía, situación que no deja de colisionar con conceptos culturales previos. En esta posibilidad no hay unidad, sino fragmentos que se yuxtaponen y entre los cuales se entretejen conocimientos y lenguajes. El producto que emana es

una des-estructuración artística. Sin embargo, no todo debe considerarse abolición en la posmodernidad. Hay anamnesis e interrogación en la crítica que ensaya, en lo que intenta transformar. También destila entre sus contradicciones escepticismo e ironía. Esto conduce a valoraciones cambiantes de sus propias obras. Un espejo del desarrollo posmoderno en que la comunicación acentuó las contracciones del sistema en un laberinto de información. De múltiples verdades. Pugnas que intentan ocupar el centro ausente de unidad al cesar la integridad de los relatos anteriores, esas utopías que se desmoronaron con la pluralidad de la posmodernidad. Pero no todo está logrado con esta emancipación declamada, también se evidencia un repliegue de la inocencia, e incorpora el riesgo de dejar al hombre aislado, fragmentado, solitario, el que debe apelar a la ironía en su amparo.

La posmodernidad acentúa lo invisible, sugiere detrás del tema. Una nostalgia que suprime la inocencia, una ironía que suple a la ausencia del relato. Acuña imaginación con lo no-representado. Se acerca al vacío que aflora desde su duda sobre el sentido de la utopía y que aplaca con la diversidad, lo diferente, evitando dominaciones y uniformidades. Lucha contra la realidad del hombre sometido a sus reflejos, el que asume ser un gregario condicionado por poderes y creencias, el que acepta una estetización unitaria de la vida para evitar ser un fragmento de la heterogeneidad. El riesgo acecha también a la posmodernidad con esa imposición de una vida cotidiana que intenta la libertad al hacer desaparecer la singularidad, pero que se acerca a una informatización en donde los amos ahora no tienen rostro ni nombres. Y son también invisibles a la necesidad cotidiana del hombre que resurge en un nuevo intento de centralidad. El ser entonces danza ante el poder oculto y suele tomar la pose ofrecida. Aquí reaparece la lucha entre la libertad genuina, individual y el riesgo de una estetización encubierta de esclavitud (libertad totalizadora), oculta, más riesgosa que la creencia en la inocencia de lo moderno.

La lid es la confusión entre la libertad apetecida y el engaño de una emancipación que no puede relativizar sus necesidades. Aquí el arte actual se aparta de su edificación e ingresa al conservadurismo de cualquier corriente cultural. Un riesgo elitista que llevó a Kant a declarar la "finalidad sin fin del arte". El conflicto surge nuevamente al sedimentar su "ismos", en una autoevaluación que lo conducirá a un paradigma que terminará por cristalizarse en una nueva caída, en una estética de oposición a la vida ordinaria, ocupando el centro de su propio interés. Ya no sería un intento de apreciación de la existencia individual, sino una contradicción de ese concepto, divorciándose de la realidad que creyó atesorar. Ya no habrá una realidad irrestricta, sino una apariencia. Entenderíamos entonces al desarrollo de los vanguardismos como una nueva crisis que superar y no una respuesta erigida a la del

modernismo. Una nueva forma de ilustración basada en la informática con tantas verdades como intereses. Con la verdad de cada régimen.

Es evidente que el posmodernismo aún no ha podido concretar el valor ético de la vida humana. Derivado de la fragmentación que impuso, el ser quedó en el anonimato, dentro de la emancipación ficticia que destila la marejada de la información contradictoria de cada poder. El hombre se transforma en asceta del mundo, ensaya un aislamiento extremo donde la información le ocupa la libertad y en el que actúa con la última inocencia, utilizando sus argumentos contra sí mismo, en un ejercicio estoico de meditación. **Le queda la libertad de la privación para esclavizarse a sí mismo.** Una dicotomía para reformular el yo en un esfuerzo únicamente pasional y observar lo externo con los ojos de un extraño. Esto autoconfigura su yo, adscripto a una libertad alejada del entorno, sin vinculación a otros seres, sujeto a la degradación de ser un objeto de la informática. Una vuelta a una unidad y homogeneización que intentó destronar el posmodernismo. Sujeto a la inmediatez que le exige la sociedad y que lo aleja del conflicto que fecundó con sus vanguardismos, en ese centro vacante que dejó la historia cuando destronó los grandes relatos de igualdad y fraternidad. En última instancia, invadido de nostalgia por el pasado, ante la fragmentación que conlleva una libertad defraudada por la declamada pluralidad posmodernista.

Los artistas posmodernos tienen un no-destino, no aman la gloria. El alma se trasluce sin lobreguez. Yo empecé a respirar entre ellos, a amar el instante y paladear lo infinito. Como ellos perdí el deseo. Tampoco sentí fracaso alguno. Las noches se llenaban de mi vacío, con la misma prontitud que mis ojos se vaciaban en el cosmos. Aprendí que la sabiduría no está en los líderes, sino en los anónimos. Aquellos luchan por cosas perdidas, repetidas. Marco Aurelio apeló a su estoicidad para sobrellevar el liderazgo de emperador junto a su resignación al ver el sufrimiento existencial. "Nada vale la pena" debió decir en esas jornadas de campaña donde los hombres se descuartizaban por pertenecer a pañoletas diferentes que tampoco les pertenecían. Pero quedó en esto. Jamás renunció a la victoria de ser célebre. Prefirió sacrificar su existencia real a la imaginación de la gloria. Lo relató, dejando patente que optó por esconder su calavera debajo del bronce. No se desgarró ante la condición humana. Solo la contempló y alzó vuelo como el "Angelus Novas" de Paul Klee. Solo creyó en su eternidad. Miguel Ángel Giovanetti asume que sin libertad no se puede pensar en arte. Que la interacción aplicada a los humanos no implica pérdida de individualidad, sino advenimiento de una colectivización humanizada dentro de una moral de existencia. La puja entre esta libertad vanguardista y el poder está latente aún de decisión.

Jorge C. Trainini